

vanta tus ojos y ve (1); abarca con tu mirada la extensión de los siglos y la universalidad de las naciones; y abre tus oídos y dilata tu corazón (2), para recibir el himno grandioso de gratitud, con que llenan la Historia, los agradecidos pechos de las inmensas legiones de esclavos redimidos por tu celo. Salve oh Madre de la verdadera libertad! Tú has quebrantado nuestras cadenas; á tí sea dado el honor, la gloria y la alabanza. *Dirupiste vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis* (3)

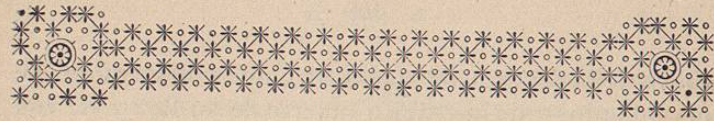
(1) Íd. Cap. 60, v. 4  
(2) Íd. Cap. 60, v. 5  
(3) Salmó 115, v. 16.



## → APÉNDICE ←







## Oración Fúnebre

Predicada en los oficios solemnes celebrados en el templo de Ntra. Sra. de la Merced el 15 de enero de 1884, en sufragio de los que murieron en las batallas de San Juan y Miraflores.

*Inclyte Israël super montes tuos interfecti sunt. ¿Quomodo ceciderunt fortes?... ¿Quomodo ceciderunt fortes in praelio?... Quomodo ceciderunt robusti, et perierunt arma bellica?*

*Los inclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes: ¿Cómo cayeron los fuertes?... ¿Cómo cayeron los valientes en la batalla?... ¿Cómo cayeron los fuertes y perecieron las armas guerreras?*

*Lib. II de los Reyes, Cap. I, Vs. 19 y siguientes.*

Ilustrísimos y Reverendísimos Señores: (1)

**P**ALES fueron, señores, los doloridos acentos del cantico fúnebre que entonó Israel, al recibir la triste

(1) El señor Arzobispo de Barito, doctor don Manuel T. del Valle y el señor Obispo de Antipatro, doctor don Manuel Antonio Bandini.



nueva de la derrota de su ejército, de la dispersión de sus soldados y de la trágica muerte de su Rey y de sus Príncipes. (1)

Ilustres y valerosos hijos de Israel! en vuestros escarpados montes y en vuestras fértiles llanuras, os ha dado muerte un enemigo extranjero; (2) *Inclyti Israël super montes tuos interfecti sunt.* ¿Por qué han caído nuestros valientes, derribados por el huracán de la guerra? *¿Quomodo ceciderunt fortes in praelio?* Más ligeros que las águilas, volaron al combate; más feroces que los leones, se arrojaron sobre sus contrarios; *velociore aquilas, leonibus fortiores.* (3) ¿Por qué yacen, pues, en el campo, nuestras armas y nuestras banderas, mientras celebran los enemigos, con estruendosa algazara, la gloria de su triunfo? *¿Quomodo perierunt arma bellica?*

No de otra manera, ha lamentado el Perú, señores, la infausta suerte de sus armas; y Lima, en particular, la horrible hecatombe, que entristeció su cielo, enlutó sus hogares y segó en flor, sus más risueñas esperanzas.

Tres años de dominación extranjera, no le han permitido dar rienda suelta á su dolor, ni pagar á las víctimas el tributo que les debe. Con la altivez de una reina cautiva, ha sufrido el yugo del vencedor; y hoy viene, señores, enlutado el manto real, abatida la serena frente y con el supremo encanto, que el dolor imprime á la belleza, á regar con sus lágrimas, el pavimento del Santuario, y á depositar mil ofrendas, en la tumba de sus héroes.

(1) Libro I de los Reyes, Cap. XXXI, v. 6.—Libro II de los Reyes, Cap. I, v. 3.

(2) Los filisteos, que guerreaban siempre contra el pueblo de Dios.

(3) Libro II de los Reyes, Cap. I, v. 23.

No ha venido sola, señores: sus magistrados y próceres, sus ancianos y sus jóvenes, sus matronas y sus vírgenes, forman el fúnebre cortejo de esta infortunada Reina, que ha dejado todas las galas de su antigua gloria, para vestir el traje de la penitencia y del dolor. (1) Habéis venido todos, señores, á mezclar con el suyo, vuestro amargo llanto.

Os habéis congregados en el templo santo, que es la mansión de la verdad y de la paz, para refrescar la memoria de las heroicas hazañas de vuestros hermanos, é implorar, sobre sus almas, la misericordia divina; y habéis querido que los labios del sacerdote, custodios de la sabiduría y depositarios de la ciencia, (2) consagrasen, con su palabra, esta inmensa tumba, sellada ya con la gratitud de la República.

Y habéis hecho bien, señores, porque la Religión aprueba, bendice y santifica la abnegación militar; manda morir por la justicia (3) y eleva á las sublimes alturas del heroísmo el amor generoso, que dá la vida por sus hermanos. (4)

No era yo, sin embargo, el llamado á representar á la Religión, en estos solemnes momentos.

Quisiera tener, hoy, la vigorosa elocuencia con que glorificó Cicerón á los muertos de la Legión Marcial; la brillantez, con que ensalzó Pericles á los soldados de Atenas, y la ternura dulcísima con que cantó San Bernardo los hechos inmortales de los ejércitos cristianos.

Pero, todo me falta, señores, menos la buena voluntad con que he venido á cumplir el muy honroso, pero muy terrible, deber, que me ha impuesto la Hono-

(1) Profecía de Baruch, Cap. IV, v. 20.

(2) Profecía de Malaquías, Cap. II, v. 7.

(3) Libro del Eclesiástico, Cap. IV, 33.

(4) Evangelio de San Juan, Cap XIII., v. 38.



rable Municipalidad, á quien toca toda la honra de tan grandiosa ceremonia.

La mejor manera de cumplirlo mejor será, pues, no salir de los límites que élla misma me ha trazado, pidiéndome que tribute un "homenaje á los que rindieron su vida, cumpliendo, heroicamente, el sagrado deber de morir por la Patria." (1)

Tal es el objeto y el plan de este fúnebre discurso, destinado á honrar la memoria de los jefes, oficiales y soldados, que sucumbieron, gloriosamente, en las terribles é inolvidables jornadas de San Juan y Miraflores, el 13 y 15 de Enero de 1881.

Saber morir es, señores, el verdadero secreto de la vida.

Todos morimos, dice la Escritura (2); y del propio modo que las aguas se congregan en la inmensidad del mar, todas las generaciones humanas se juntarán en el arca misteriosa del sepulcro; del sepulcro, señores, mudo, frío, solitario, lleno de pavorosas tinieblas y cubierto con las espesas sombras del olvido y la tristeza. Pues bien: iluminar esas tinieblas con los resplandores de la gloria; grabar en la memoria de un pueblo el impercedero recuerdo de grandes y nobles empresas; imponer á una nación entera el sincero homenaje de la admiración y del respeto, atrayéndola, con irresistible fuerza, al dintel de una tumba querida, para consagrarla con sus plegarias y humedecerla con sus lágrimas: todo esto significa y se llama: morir bien; morir por una gran causa; morir por la Patria.

(1) Oficio de la Comisión Municipal al autor, encargándole esta oración fúnebre.

(2) Libro II de los Reyes, Cap. XIV. v. 14.

Supieron morir, señores, los que, en cien combates desastrosos, volaron á la Inmortalidad, dejándonos como sagradas reliquias, sus ensangrentados restos' Supieron morir los denodados marinos que, en desigual y desesperada lucha, enrojecieron, con su sangre las aguas de Angamos y dejaron al enemigo, en vez de un ariete de guerra, un cementerio flotante. Supieron morir los soldados veteranos que, en Tarapacá y en San Pablo, arrancaron una sonrisa á la fiera y adusta faz de un Destino implacable. Supieron morir los ilustres defensores de Arica, que avergonzaron á la Victoria, con el fulgor de su heroísmo. Supieron morir los milicianos de la Reserva, que formaron la guardia de honor y de defensa de la Metrópoli del Pacífico, y dijeron, como Leónidas: "debemos cerrar, con nuestros pechos, el paso á la ciudad; y resolvemos morir en él." Supieron morir, señores, todos los generosos ciudadanos que han escrito, con su sangre, en los enlutados anales de esta infausta guerra, la inmortal divisa de la dignidad y del honor: *Potius mori quam faedari* (1); *Primero la muerte que la infamia.*

*Opera enim illorum sequuntur illos* (2); por eso, sus grandes hechos los han seguido, como un brillante cortejo de luz y de gloria; por eso, hemos venido, señores, á tributar un homenaje de admiración al heroico sacrificio de nuestros hermanos; y un homenaje de respeto á su memoria, que en sus sepulcros.

I

¿Qué es la Patria, señores? Es un nombre augusto y una cosa sagrada. Es el pedazo de tierra en que se

(1) Proverbio de los antiguos bretones.

(2) Apocalipsis de San Juan, Cap. XVI, v. 13.



meció nuestra cuna y en que yacen nuestros padres; es el hogar querido, en que se deslizaron, tranquilos y felices, los días de nuestra infancia; es el aire que respiramos y la luz que nos alumbra; el árbol que nos da sombra y la flor que nos embriaga: es aquel conjunto de la naturaleza, en que se desarrolla nuestra vida, y que miramos siempre como un paraíso de delicias.

Amamos á la Patria, señores, no porque es rica, ni porque es hermosa, sino porque es madre: nos formó en su seno, nos nutrió con su doctrina y vivimos en la atmósfera de sus tradiciones y de sus glorias.

¡Oh Patria amada! Tanto más amada, cuanto son más crueles tus pesares y más amargo tu infortunio. Tú eres el objeto de todos los amores de mi alma y el centro de todas las alegrías de mi corazón. El ingrato que te olvida, condenado sea á olvido sempiterno; que enmudezca su lengua, sino sufre y llora contigo, en los días de tu aflicción. No así, nosotros, Patria mía. Dentro de tus muros respiramos la libertad y el gozo; fuera de tu seno, estamos tristes y somos cautivos. A semejanza de Israel vencido, en la orgullosa Babilonia, lloramos en silencio, acordándonos de ti; colgamos nuestras liras, porque no podemos cantar en tierra extranjera los cánticos de Sión, y no tenemos otro consuelo que el de sentarnos, á las orillas del mar, para pedir á las olas que traigan hasta tu corazón ¡oh Patria querida! el eco de nuestros lamentos. (1)

Vosotros me comprendéis, señores, todos los que habéis sentido en el alma la punzadora espina de la separación de la Patria.

Estos estrechos vínculos de cuna, de familia, de tradiciones, de afectos, de dolores y de esperanzas, forman la solidaridad de los pueblos y la íntima alianza entre

(1) Salmo CXXXVI.

la generación que vive y las generaciones que pasaron, constituyendo así la fisonomía moral y exclusiva de la sociedad á que pertenecemos.

Así se explica, señores, por qué el sentimiento de la Patria es tan antiguo, tan profundo y tan universal, como el sentimiento de la Religión.

Este dualismo corresponde, adecuadamente, á la doble sustancia espiritual y corpórea de que se compone el hombre; á su doble existencia temporal y eterna, y á la dualidad de sus fines, terreno el uno y ultraterreno el último.

Me parece que no hay hecho alguno mejor comprobado, en la historia de la civilización, que esta alianza de la Religión y de la Patria; por lo cual, no he comprendido nunca cómo el liberalismo moderno pretendió separar la Iglesia del Estado. Para hacerlo, es necesario olvidar la historia y desconocer la naturaleza humana. Luchar contra estas cosas, es imposible é inútil; la separación del alma y del cuerpo, es la muerte, y engendra la corrupción, en todas las esferas de la vida humana.

La antigüedad ligaba indisolublemente la sagrada causa de sus altares y el honor de sus banderas: *Pro aras et focis*.

Amenazado Israel por la invasión del Rey de Siria, inflamaron los Macabeos el patriotismo del pueblo, con esta ardiente proclama: *Es mejor morir en la guerra que ver los males de nuestra nación y de las cosas santas*. (1)

Y entre las maravillosas creaciones de la edad media, ¿no habéis visto, señores, á los monjes soldados, feroces como leones, al sonido del clarín guerrero, y mansos como corderos, al eco suave de la campana de

(1) Libro I de los Macabeos, Cap. III, v. 59. ;